

¡Ah y qué disimuladamente voy á reirme cuando encuentre por aquellas calles y aquellas instalaciones de la Exposición á mis vecinos matritenses, que no verán la hora de volver á catar su linfa de Lozoya y su puchero castizo!

Ante todo, pensemos en lo material del viaje, en elegir el momento más á propósito para encontrar á París en su plenitud de animación, dejando transcurrir este mes de Abril, que se presenta frío, lluvioso é ingrato como si fuese el más inclemente Marzo ó Febrero. Por ahora, es indudable, nadie se arroja á ponerse en camino: el invierno no se ha despedido todavía y nos lanza al rostro puñados de granizo; el teatro Real no ha cerrado sus puertas, y resuenan en su escenario los divinos acentos de la voz de Gyarre, canto de cisne de la temporada teatral que ya agoniza; las señoras no sueltan aún los boas, los manguitos y los abrigo de pieles; aún no se come fresilla, ni las lilas desabrochan, ni las acacias dan olor, ni se vende horchata de chufas... De Francia, en vez de acentos de alegría é himnos á la paz, nos llega el eco de las discordias, quejas y amenazas del ídolo popular, Boulanger, perseguido y obligado á declararse faccioso; los clamores de la Liga de patriotas y el fatídico acento de la prensa, temerosa de que se altere el orden público. Hay tiempo de arreglar sosegadamente la maleta, de buscar alojamiento en París, y de escribir despacio la carta próxima, á la cual ésta sólo sirve como de sinfonía ó preludio en

que, mezclados ó entreverados á capricho, resuenan los motivos principales de la cantata que con sus coros, arias, concertantes y dúos, se entonará después de alzado el telón del gran Certamen, y que siempre será *oda triunfal*.

CARTA II

EL ASPIRANTE A DICTADOR
LA BASTILLA

Madrid, Abril 21.

Lo que todo el mundo pregunta al tratarse de la Exposición, es lo siguiente: ¿La habrá? ¿Se abrirá en paz? ¿No se cerrará con barricadas? Esta incertidumbre, zozobra y angustia, que refluye en desanimación del público, el cual se muestra rehacio en disponerse á emprender el viaje, para mí constituiría, si la compartiese, un estímulo, pues siempre he sentido no ver á París en uno de esos momentos críticos y supremos—por ejemplo, el de la *Commune*—cuando toda Europa fija sus ávidos ojos en la gran capital y espera con ansiedad el fin de la convulsión que la agita, á ver qué cambios trae consigo. Dicen los que me oyen expresar este deseo, que una revolución en París es formidable, pavorosa y peligrosísima. No lo nie-

go, y ya conozco que no se puede tener la curiosidad de Plinio el Anciano y mirar de cerca la erupción de un volcán sin exponerse á quedar sepultado entre las cenizas. Mas tampoco se me negará que las erupciones volcánicas son un espectáculo sublime y que debe de serlo igualmente una conmoción popular en la capital francesa.

* * *

Lo que infero es que el volcán parisiense está ya resfriado y carece de fuerzas para arrojar un torrente de lava devastadora, pudiendo, á lo sumo, lanzar rojos resplandores y tal cual materia incandescente. El período de las grandes revoluciones pasó; hoy reina cierta sensatez ó escepticismo que detiene los ímpetus de la furia política: Francia puede reunir, como ha reunido, un museo donde se archivan los recuerdos del 93; pero hacer otro 93, total ó parcial... lo considero punto menos que imposible.

Ninguna idea radical y de potencia transformadora representa el boulangierismo (el *panaderismo* diríamos, si tradujésemos al pie de la letra en castellano el apellido del célebre presunto dictador). Tiene el General — ¿quién lo niega? — sus acérrimos partidarios; y, sin embargo, ¡cuán por bajo queda, en dimensiones y en importancia, no ya del pálido primer Cónsul, que llevaba de la mano á la Victoria, sino del mismo *sobrino de su tío*, ambicioso precoz, que había domesticado al aguilucho para que le

siguiese por montes y veredas! Si Boulanger pudiese organizar el famoso *desquite*; arrancar de las uñas de los prusianos á Lorena y Alsacia; devolver á Francia la supremacía militar que llora perdida, y cerrar á un tiempo las heridas del amor propio nacional, Boulanger sería un semidiós. No consiguiendo nada de esto; representando solamente una personalidad y un nombre, á lo sumo la idea de la revisión y cierto militarismo nacionalista, lo que creen los más expertos políticos es que Boulanger se quedará en la estacada.

Por otra parte, su reciente odisea, ó, mejor dicho, escapatoria, dista mucho de aumentar su prestigio. Las multitudes quieren que sus ídolos estén siempre en tensión heroica, y que el peligro resbale sobre ellos como el agua sobre la bien templada hoja de acero. La prudencia humana aconseja portarse como lo hizo el General; pero sus partidarios, que le aclamarían con entusiasmo al verle arrostrar el martirio, no tienen por qué exaltarse al verle pasar la frontera lo mismo que la pasaría un cajero defraudador ó el último de los criminales.

Su proscripción es motivo de regocijo malévolo para los monárquicos, que le dicen: "Tú proscribiste al duque de Aumale; hoy el refugiado en tierra extraña eres tú: no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague." La popularidad que se adquiere lentamente puede perderse en una hora. Hace tiempo que fermenta el prestigio de Boulanger: cuando

estuve por última vez en París (Marzo de 1887), oía constantemente por las calles la vocecilla de los *gavroches* parisienses que silboteaban alguna canción con el estribillo indispensable de *Vive le général!*... Después de la fuga, ¿seguirán cantando los chicuelos?

*
* *

Convengamos en ello: el paso, tal cual lo refieren los periódicos, es algo deslucido para un héroe. Salir furtivamente envuelto en las sombras de la noche, protegido por aquello mismo que le tocaba á él proteger á toda costa, ó sea la mujer amada; recatando la frente, que debe alzarse con orgullo ante los ataques del enemigo, bajo el ala del sombrero de fieltro; tapando la boca con la mano, volviéndose con zozobra á cada instante por ver si le seguían, agazapándose en el fondo de un cochecillo de alquiler; esperando oculto no lejos de la estación, mientras su compañera, más resuelta, compraba naranjas para apagar quizá la sed calenturienta del ambicioso acosado; y, por fin, saltando en el vagón como el náufrago en la barquilla, sin que á pesar de tantas precauciones dejase de seguirle paso á paso, momento por momento, el sabueso ó *detective*, que minutos después de presenciar la salida del tren, daba este aviso al Gobierno: "El General hizo la del humo;" á lo cual respondía el Gobierno: "Enemigo que huye, puente de plata."

A la verdad, este episodio nada tiene de épico,

co, sino mucho de burgués, y algo, y aun algos de indelicado. Su parte amorosa ó *liosa* me disgusta. Una de dos: ó el General estimaba y quería á la dama, ó era para él mujer vulgar y despreciable. En el primer caso no debió poner en lenguas su honor dejándose salvar por ella; en el segundo, no debió aceptar sus beneficios. Tal vez estas sean metafísicas, y tal vez no porque de rigurosamente exacta la relación de la hégira del General.

De todas suertes, su efecto en la opinión pública puede considerarse desastroso. Sus partidarios políticos defienden ¡claro está! la resolución del jefe, repitiendo que el hombre que consigue reunir un millón de votos no ha de consentir que le echen mano y le cojan en la ratonera como á reo de delitos comunes. No obstante — y Boulanger mismo lo ha confesado — muchos amigos suyos, de los más adictos, desapruaban su conducta.

*
* *

La justicia obliga á declarar que tampoco merece plácemes la del Ministerio. Sobre que el deber de un Gobierno republicano es abrir paso franco á la opinión pública y respetar la popularidad, no sienta bien llevar á los Tribunales á personas simpáticas como Déroulede, y perseguir á la Liga de los patriotas en concepto de sociedad secreta é ilegal, después de haberla tolerado tácitamente por espacio de siete años; ni puede eximirse de la nota de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1926 MONTERREY, MEXICO

inoportuno y desacertado el Gobierno que, en vísperas de una Exposición Universal, cuando sólo deben resonar los himnos de la paz y verse por doquiera la unión y tranquilidad más absolutas, adopta medidas perturbadoras, exaspera los ánimos y encona más las discordias civiles. ¿Es razón que el Senado francés juegue á la Convención revolucionaria declarándose constituido en alta Cámara de justicia para examinar un crimen de Estado, lo mismo que si á la vuelta de estas imponentes ceremonias estuviese el hacha del verdugo ó la carreta de la guillotina? ¿Caben hoy crímenes de Estado? ¿Serán capaces de sentenciar á muerte á Boulanger? Claro que no. Trátase únicamente de arrastrarle por el fango, por ese fango político del cual, como del fango salubre de los balnearios, sale la gente más vigorosa.



Los franceses, que suelen acusarnos de fanáticos y supersticiosos á los españoles, han hecho con el general Boulanger (el General, le llaman allí á secas) lo que á nosotros no se nos ocurrió hacer con Narváez, Cabrera, Prim ó Espartero: estudiar muy despacio, según todas las reglas quirománticas, las rayas de su mano, deduciendo por la longitud y forma de sus dedos, el realce de sus eminencias y valles, la mayor ó menor elevación de los montes de Saturno, Mercurio, Marte y la Luna, el horóscopo y futuros destinos del General y de Francia. A

la vista tengo el mapa astrológico profético de la mano del General, publicado por el *Figaro* en primera plana, todo lleno de signos cabalísticos, y leo que de él se deduce tan claro como la luz del sol (astro de mayor influencia sobre Boulanger) que el año de 1899, cuando el proscripito de Bruselas cumpla los setenta y tres de su edad, sucederá una cosaza tremenda, importantísima, un acontecimiento magno, y Boulanger mandará en la Francia victoriosa, debiendo realizarse en él aquellas predicciones que Marchena fingió haber sido hechas por Catulo y poder aplicarse á Napoleón:

«Mas ya traerán los siglos un héroe más excelso,
Invicto en las batallas y armipotente más:
Será de estirpe Eácida; que sólo el fuerte Aquiles
A tal varón pudiera noble prosapia dar:
Le admirarán los siglos, mientras que nuestros dedos
De las humanas gentes los hados urdirán.
Cruzando los estambres, corred, husos, ligeros:
Del porvenir las telas fatídicas hilad.»



En materia de predicciones sobre el porvenir de los hombres políticos, juzgo más seguras las que se fundan en hechos conocidos ya, y no en vanidades y supercherías astrológicas. Por eso, y porque he admirado siempre el robusto talento de Zola, uno de los pocos grandes hombres, *en su género*, de la Francia contemporánea, me enamora la deliciosa sinceridad, tan original como suya, con que ha respondido á una pregunta sobre las actitudes del nuevo pro-

curador general de la República, quien ha publicado novelas bajo el pseudónimo de *Jules de Glouvet*. Otro que no fuese Zola, daría su opinión, pero atenuándola y dorando un poquito la pildora. Él no se anda con repulgos, y contesta (me parece que le estoy viendo hablar, con los ojos guiñados y la boca entre desdenosa é irónica): "Lo que escribe el Sr. Glouvet son puras necesidades. Imitación de Jorge Sand, menos el genio, y de Octavio Feuillet menos el ingenio. Todo ello, una serie de invenciones absurdas; la cuerda patriótica á fin de prevenir favorablemente al público; luego un recursito sentimental, y en conjunto un mal melodrama, del género Ennery. Ahora, por lo que toca á lo que pueda valer el Sr. Glouvet como particular y como magistrado, no digo nada, porque no le conozco."

Así habla el hombre sincero, brutal si se quiere, pero leal con el público; así debe hablarse, y si en España tuviese alguien el valor necesario para emitir (poseyendo autoridad) juicios de esta índole, caerían por tierra muchas usurpadas reputaciones que á la sombra de la política se han entronizado en el Olimpo literario. En efecto, aquí es comunísimo que para justificar encumbramientos no fundados en servicios á la patria, se aleguen méritos literarios que son, poco más ó menos, del género de los de Glouvet, tan dura, pero tan valerosamente demolidos por los puños taurinos del implacable Emilio Zola.

* * *

Si la Exposición pudiese fracasar, que no lo creo, á nadie tendría que echar la culpa el Estado francés más que á sí mismo, por la serie de torpezas que viene cometiendo, de las cuales la más trascendente fue elegir para este Certamen la fecha del centenario de la toma de la Bastilla. Error de los que no se explican en un pueblo que conozca sus intereses, y no aspire á comprometerlos con alardes intempestivos.

Recuérdese lo que fue la toma de la Bastilla, y se verá que no es dable elegir más adecuada alegoría de la Revolución que la caída de aquel sombrío edificio, la Bastilla por antonomasia, el torreón misterioso que desde el siglo XIV dominaba á París como símbolo del poder absoluto de los Reyes, y, por extensión, de la arbitrariedad humana. Víctor Hugo, en su novela titulada *Noventa y tres*, pone frente á frente dos emblemas, dos signos visibles del antiguo y del nuevo régimen; una bastilla feudal, formidable, amenazadora, obscura, llena de escaleras secretas, de pasadizos subterráneos, de puertas ocultas en el espesor de las gruesas paredes, con almenas donde se habían columpiado cadáveres de enemigos, con saeteras por donde bajaba derretido plomo; y para echar abajo esta construcción pavorosa, un sencillo instrumento, tres maderos y una media luna de metal: la guillotina. Pues bien: la bastilla representativa y simbólica, no es la que el poeta sitúa en el fondo de las selvas de Bretaña: es la de París, la fundada en el azaroso y pervertido siglo XIV por Carlos V; la demolida cuatro siglos más

tarde por una multitud resuelta á dejarse hacer pedazos, multitud entre la cual, sudoroso, enronquecido y dispuesto á morir también, iba el célebre esposo de Lucila, Camilo Desmoulins.

Hay que recordar esta página decisiva de la Revolución para comprender su interés y su poesía; que la tiene, y muy grande. Moralmente fue herido en el corazón el antiguo régimen el día en que se representaron *Las Bodas de Figaro*, de Beaumarchais, y la nobleza y la corte rieron á carcajadas una amarga sátira contra la sociedad antigua; pero el golpe material que echó á tierra la monarquía fue la toma de la Bastilla; ningún historiador lo duda.

* * *

El 14 de Julio de 1789 puede calificarse de día memorable, no sólo para Francia, sino para toda Europa y para la humanidad. En él se desbordaron, con irresistible empuje, las verdinegras olas de un torrente que ya ningún dique podía contener. Aquella jornada decisiva fue la que motivó el siguiente diálogo entre Luis XVI y el Duque de Liancourt:—"Tenemos, por lo visto, una gran asonada",—dijo el Rey.—"No, señor; tenemos una revolución"—contestó el magnate.

Precedieron al acontecimiento las arengas de fuego de Camilo Desmoulins, subido á una mesa del café Foy, y la adopción de la famosa escarapela tricolor, que á modo de flor teñida con los matices de la inocencia, la espe-

ranza y la sangre, había de abrir su cáliz sobre las humeantes ruinas de la pavorosa fortaleza. El pueblo, un pueblo entero, París en masa, se levanta, bulle y agita: por todas las calles resuena incesante clamoreo: "¡Armas! ¡armas!" Con este grito se mezcla el toque de rebato en las iglesias, y el redoble afanoso del tambor en las plazas públicas. En treinta y seis horas se forjan cincuenta mil picas. La multitud que se arma, que se provista de pólvora con más empeño que de víveres, que ondula como inmenso océano, no tiene aún plan fijo ni sabe si mantenerse á la defensiva ó emprender el ataque resueltamente; pero de súbito una chispa misteriosa la enciende, una idea pasa como soplo de aire cálido y enloquecedor sobre las cabezas de los amotinados: no se les ocurre ir al palacio de los Reyes, no; el grito unánime es: "¡A la Bastilla!"

* * *

No era empresa tan fácil tomarla. Aunque escasa en número la guarnición, juntaba municiones y artillería suficientes para detener y destrozár á la muchedumbre armada de picas. Pero ¿quién resiste á París entero, despeñado como furiosa catarata? Los muros de la sombría fortaleza, sepultura de vivos, no eran tan robustos como la voluntad popular. Niños, mujeres, clérigos, estudiantes, obreros, estaban allí para rellenar el foso con sus cadáveres (según decían enérgicamente) y facilitar el asalto. An-

tes del anochecer capitulaba la prisión fatídica, y el pueblo, rompiendo las dobles puertas de las mazmorras, sacaba en triunfo á siete espectros humanos, entre ellos dos á quienes la prisión había vuelto locos. A uno de éstos caíale hasta la cintura lengua barba blanca; temblaba su cabeza, y sus ojos visionarios, extraviados, al volver á contemplar el cielo y el aire libre, derramaban lágrimas abundantes. El misero creía encontrarse aún bajo el reinado de Luis XV. Preguntáronle cómo se llamaba, y respondió: "Soy el Mayor de la inmensidad." Después soltó una risa pueril...

* * *

Bastilla, bien estás en el suelo. Fue justo que de tus piedras, tus herrajes y tus plomos, penetrados de sollozos humanos, fabricase la Revolución juguetes para los niños y joyas para adornar la garganta de las mujeres; que sobre el emplazamiento que ocupabas, raso ya y sin escombros, el pueblo colocase una inscripción diciendo: "Aquí se baila." Pero ¿por qué el recuerdo de un hecho inspirado en el sentimiento más noble de piedad y justicia ha de ir unido á memorias tan sangrientas como las que son afrenta del mismo régimen despótico?

Al ponerse el sol de la jornada del 14 de Julio, por las calles de París eran paseadas en picas varias cabezas: una, la del alcaide de la Bastilla, Delaunay. Las almenas del feudalismo habían caído á tierra; pero en cambio la

horca descamisada, la famosa *linterna* de la Grève, colocada sobre la tienda del especiero Delanoue, inauguraba sus funciones odiosas, y en ella se balanceaban tres infelices, á quienes hordas ebrias de furor tiraban de los pies. Arrasada la Bastilla, levantábase el terror del farol y de la guillotina. Pronto el degüello sería institución popular, y la libertad se daría un baño completo de sangre humana; sangre de inocentes, de débiles, de sabios, de honrados, hasta que el último chorro lo derramase la Poesía, decapitada en la persona de Andrés Chénier.

* * *

He aquí por qué no juzgo acertado elegir para celebrar una Exposición Universal la fecha conmemorativa de estos trágicos y solemnaecimientos. Es preciso que las Exposiciones no traigan consigo memorias que á nadie puedan lastimar; que gran parte de la opinión, si es antirrevolucionaria, no tenga ningún pretexto para declararse herida, y que los monarcas no vean en el Certamen de la paz y la industria una consagración de la anarquía y de la demagogia. Lo mismo que los individuos, las naciones necesitan tacto á fin de no enajenarse voluntades y simpatías; y cuando emprenden una obra de concordia, deben atraer suavemente á unos y otros, no alarmar á ninguno. Ha sido una pifia, dicen los prudentes, la ocurrencia del centenario. Todos vemos la di-

ferencia entre la fortaleza del París viejo y la torre Eiffel del nuevo: no era necesario ponerlas en violento antagonismo y contraste. Para no despertar enojosas reminiscencias, le bastaría al Gobierno de la República francesa seguir aquella máxima de Víctor Hugo: "Solo estás en la historia ¡oh Titán Noventa y tres! En pos de tí no puede venir nada tan grande como tú." ¿Por qué no dejaron dormir al Titán?

* * *

A fin de terminar con algo que nos desimpresione de la tragedia revolucionaria, apuntaré las reflexiones que me sugiere cierta noticia que acabo de recibir de París. Es noticia de sensación para los españoles: tratase nada menos que del permiso otorgado por el ministro del Interior—ó de Gobernación, como diríamos nosotros— para celebrar en París, durante la Exposición, "verdaderas corridas de toros, idénticas á las que se celebran en España".

¿De modo que saborearemos en París, en el mismo París de Francia, las clásicas estocadas de *Lagartijo*; los atrevimientos incomparables de *Frascuero*; las felices y poderosas arremetidas de *Mazzantini*; el fino trasteo de *Guerrita*; el sereno esperar de *Cara-ancha*, y tantas y tantas emociones como acostumbramos disfrutar en la plaza de Madrid? ¿De modo que presenciaremos el animado *despejo* y veremos salir en doble fila, caminando con gallardo meneo de cintura, cubiertos de seda y oro, á los indivi-

duos de las cuadrillas más célebres? ¿De modo que halagará nuestros oídos el toque de clarín, que anuncia la salida de la fiera, y el bramido con que ésta desafía al hombre para comenzar la lidia? ¿De modo que admiraremos la ligereza del banderillero que en giro elegante, como quien prende flores en el pecho de una hermosa, planta dos *aretes* al bruto y le deja atónito? ¿Y contemplaremos al picador resistiendo con fuerte brazo al empuje del toro? ¿Y al espada arrojando con garboso movimiento la monterilla, después de brindar "por usía y por los forasteros..." que se dirige risueño, impávido, ostentando su indomable corazón, á hundir el brazo armado del relámpago de su delgado espadín, entre la amenazadora cornamenta del jarameño ó del miura?

Poco á poco. No entusiasmarse, ni consentir que hierva la savia española, africana más bien, que en las venas llevamos. En París habrá corridas de toros, es cierto; se alzará una gran plaza, capaz de treinta mil personas; serán llamados *Mazzantini*, *Lagartijo*, *Cara*, todas las eminencias del arte taurómico; se derrochará dinero en trajes, en hacer *color local*, etc.; pero... sólo faltará una cosilla... punto menos que nada...

"No habrá efusión de sangre."

* * *

¡No habrá efusión de sangre! Esta cláusula, á propósito de corridas de toros, es algo análogo

á las recetas caseras para imitar con un asado de conejo un asado de gallina, ó para hacer un *trufado sin trufas*.

No quisiera pasar plaza de sanguinaria, bien lo sabe Dios; no quisiera—y menos llevando faldas—que se me acusase de tener un corazón de perro, insensible al dolor, ó un espíritu como el de las damas romanas, que se gozaban en la carnicería; pero creo que cada cosa requiere sus requisitos, y que convertir las corridas de toros (las cuales me atrevería á sostener que no son tan bárbaras ni tan cruentas como en general se asegura) en lidia incruenta, es quitar á ese espectáculo su esencia misma. Si las corridas de toros repugnan al sentido humanitario del pueblo francés, que las prohíba en absoluto; yo acaso las prohibiría aquí, si tuviese fuerzas para hacerlo; consentir un pálido remedo, es peor mil veces.—¿Cómo serán esas corridas? Sospecho que los nacidos aquende el Pirineo se reirán mucho con ellas. Pareceránse á la saladísima función que describe con tanto chiste Franquelo. Nuestros vecinos

«pensaron que era jaser
un tarrillo de pomá.»

Para dar la señal de la lidia, en vez de los toques de clarín, salieron rascando violines; para trastear al bicho se pusieron guantes y al fin y al cabo, después de muchos descalabros é intentos inútiles, allí se quedó sano y salvo el toro... “que ya tiene un torá,” añade el autor de la graciosa letrilla.

¿Y el público francés? ¿Qué dirá de nosotros al asistir á nuestra fiesta nacional? ¿Nos pondrá, según costumbre, como chupa de dómine? ¿Tendremos que taparnos los oídos, ó fingir diestramente que no entendemos una palabra de lo que alrededor nuestro se murmure? ¿Les dará por entusiasmarse y por exclamar: ¡*Salerro!* según les decían á las bailadoras y cantoras flamencas en el Eldorado, hará tres años, cuando ellas ejecutaban su quiebro característico?

CARTA III

EN BURDEOS.—¡DICHOSO CRIMEN! RECUERDO A BARCELONA

Burdeos, Mayo 2.

POR cortar la monotonía de un viaje que he realizado directamente tantas veces; por saborear el aire balsámico de estos viñedos, donde la alegre primavera ríe y desabrocha en follaje; por descansar de mis fatigas y saludar á un buen amigo hispanófilo que ha tenido la bondad de hablar mucho de mí en la prensa francesa, decidí pasar unas horas en Burdeos antes de seguir hacia París con objeto de asistir á la apertura del gran Certámen.

Es Burdeos inmensa capital de provincia, demasiado vasta para la gente que la habita y